Ricardo Blasco y Carlos de Batlle

LA FUGA

DRAMA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

PIERRE JEANNIOT

(«LA FUGUE DE MAD. CARAMON»)

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

LA FUGA

LA FUGA

DRAMA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

PIERRE JEANNIOT

(«LA FUGUE DE MAD. CARAMON»)

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA DE

Ricardo Blasco y Carlos de Batlle

Representada por primera vez en España en el TEATRO CERVANTES de Sevilla, el 4 de Mayo de 1912, por la Compañía Nieves Suárez-Pepe Santiago



MADRID

B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARAMON, banquero, 40 años........	José Domínguez.
TOM SWET, 30 años..................	Pepe Santiago.
JUAN, 16 años.......................	Antonio Suárez.
RODRÍGUEZ..........................	Antonio P. Sáez.
CARLOS..............................	Carlos Miralles.

La acción en Barcelona.—Epoca actual

Por derecha é izquierda, entiéndase las del espectador



ACTO UNICO

El despacho de Caramon. Al fondo, balcón y armario-taquilla. A la izquierda, primer término, puerta, y segundo término, caja de caudales («coffre-fort» de los de modelo grande, de 1,50 m. ó 2 m. de altura). Delante de la caja, mesa de despacho, con teléfono. Entre la caja y la mesa, el sillón de trabajo. Delante de la mesa, una butaca.

A la derecha, primer término, puerta de entrada, frente á la mesa. Segundo término, chimenea y delante de ella otra butaca. Es de noche. Una lámpara, encendida, sobre la mesa, es lo único que alumbra la escena.

Caramon sentado á la mesa, escribe.

ESCENA PRIMERA

CARAMON, GUTIÉRREZ

(Llaman, con los nudillos, á la puerta de la derecha.)

Car. ¡Adelante! (Entra Gutiérrez.)

Gut. (Dándole unas llaves.) Aquí tiene usted las llaves de la caja. Ya se fueron todos los dependientes.

Car. (Metiéndose las llaves en el bolsillo.) Está bien, gracias.

Gut. ¿No tiene usted ninguna orden que darme para el lunes?

Car. Nada de nuevo. ¿Se han recibido todos los fondos que esperábamos?

Gut. Casi todos. El único cobro que nos falta es el de la casa Gudal y Lloret.

Car. Eso empieza á tenerme con cuidado.

Gut. (Sonriendo en signo de confianza.) ¡Bah!

Car. (Preocupado.) No lo tome usted con tanta calma. Hay para alarmarse. Figúrese usted que esa casa, con todo su buen crédito, no pudiera pagar!... ¡nos hacía quebrar con ella! ¿Cuánto nos debe exactamente?

Gut. Trescientas mil y pico de pesetas.

Car. ¡Una enormidad! Hoy, sábado, estamos á 26; es decir, sólo nos faltan cuatro días para nuestros vencimientos de fin de mes.

Gut. No se haga usted mala sangre, señor. La casa Gudal y Lloret es fuerte como un roble. El lunes ó el martes, á más tardar, pagarán... apuesto la cabeza... y todo quedará saldado.

Car. ¡Dios le oiga á usted! Desde el pícaro negocio del mes pasado estamos viviendo al día! No le llega á uno la camisa al cuerpo.

Gut. No hay que amilanarse. De apuros más gordos ha salido usted en su vida.

Car. Sí; pero en esas crisis me sentía más fuerte, más animoso porque... me daba alientos una esposa enérgica y amada. ¡Es horrible este abandono en que ahora me veo!

Gut. Eso sí; ¡pobre señor! La prueba por que pasa usted es atroz! Pero no se desespere!... ¡Usted siempre tan duro, tan enérgico!

Car. (Desanimado.) El golpe ha sido brutal; me ha anonadado, me ha envejecido.

Gut. ¡Vaya, vaya, no vale desalentarse! ¡Animo, qué diablo!

Car. ¡Sí! ¡Animo!... ¡Cuando todo se hunde!... Haber conquistado á fuerza de trabajo, de angustias, de privaciones, una buena posición; casarse con una mujer adorada... y de un golpe perderlo todo. ¡La cosa es para pegarse un tiro, si uno no mirase!...

Gut. Realmente, cuanto yo le diga no ha de consolarle. Tenga usted valor... y el tiempo irá, poco á poco, borrando el recuerdo y las penas. Hasta el lunes, señor. (Dirigiéndose a la puerta.)

Car. ¡Ah! Gutiérrez; ya se me olvidaba. Esta noche me voy á Zaragoza. No volveré hasta el martes ó el miércoles por la mañana. Mien-

tras yo esté fuera, usted será aquí el jefe, como de costumbre, y si algo ocurre, escríbame allá, al mismo hotel de siempre.

Gut. Está muy bien. Puede usted ir tranquilo.

Car. (Dándole un apretón de manos.) Ya lo sé. Sobre todo no olvide telegrafiarme si paga esa gente.

Gut. Descuide usted. Ellos pagarán. (Se va.)

ESCENA II

CARAMON, JUAN

Juan (Entra por la puerta izquierda y se acerca ansioso á Caramon, que había vuelto á ponerse á escribir.) ¿Nada de nuevo?

Car. ¡Nada!

Juan ¿Ningún indicio?

Car. ¡Ninguno!

Juan ¡Así no podemos vivir! Todo sería preferible á esta ansiedad, á esta incertidumbre que nos mata desde hace tres días que mamá salió de casa sin que hayamos vuelto á saber su paradero, ni lo que le haya podido pasar... ¡Hay que apelar á todos los medios para encontrarla!... ¿Por qué no quiere usted poner un suelto en los periódicos?...

Car. (Levantándose y acercándose á él, muy cariñoso.) Tienes razón, hijo mío... porque aunque yo no sea tu padre sabes que siempre te he querido... y te quiero como á un hijo verdadero... Sí, tienes razón, hijo mío; todo es preferible á la duda y la incertidumbre. Ya no eres un niño; hay que empezar á ser hombre... y como á un hombre voy á hablarte... perdona la... pena que te voy á causar... ¿Tú crees... tú estás persuadido de que tu madre ha sido víctima de un crimen... ó de un accidente?

Juan ¡Es claro!

Car. Pues bien, yo te aseguro que nada de eso le ha sucedido.

Juan (Estupefacto.) ¿Cómo?...

Car. (Conmovido.) Sí, Juan... la verdad, la triste verdad, es... que me ha abandonado... que

nos ha dejado á todos... fugándose con otro... Yo he vacilado mucho antes de decírtelo... porque hay cosas que más vale que los hijos las ignoren... Pero, poco hubieras tardado en tener la prueba de ello, por mucho que yo hubiese hecho para evitarlo.

Juan (Aterrado) ¿Mi madre se ha fugado?... ¿Con otro hombre?

Car. (Dolorosamente.) No me pidas más explicaciones. Bastante doloroso es ya decirte lo que te he dicho.

Juan Mire usted... padre. Acaba usted de animarme á portarme como un hombre; pues bien, tráteme como á tal y dígame los motivos de esa fuga.

Car. ¿Y para qué, pobre hijo? ¿Qué íbamos á conseguir con enterarte de cosas tan delicadas... tan penosas... Cada vez que las recuerdo me sumen en la más espantosa tristeza. (Muy conmovido.) Tu madre era, para mí, todo en este mundo. Y si ahora volviese, aun después de lo ocurrido, la perdonaría con toda mi alma las amarguras pasadas.

Juan Perdóneme usted á mí, padre, si le digo que me parece que quizás usted también le amargó á ella algo la vida. Más de una vez fuí yo testigo involuntario de discusiones entre ustedes... Después de esas disputas, pasábanse algunos días sin dirigirse la palabra... y últimamente, mamá tenía á menudo los ojos enrojecidos y cuando yo, cariñosamente, le preguntaba si había llorado y por qué, lloraba más, y me decía: «No hagas caso, Juan, estoy nerviosa...» Como es natural, yo insistía... trataba de indagar... no se llora sin motivo... y entonces ella me miraba tiernamente y contestaba: «No puedo decírtelo... ya lo sabrás.» Pues bien, padre, á usted que lo sabe se lo pregunto: ¿Por qué lloraba mi madre?

Car. En todos los matrimonios... hay, á veces, íntimas disensiones... cosas que los hijos deben ignorar... La verdad, no puedo decirte el motivo de nuestros disgustos.

Juan ¿No sería por cuestión de dinero?...

Car. Sí.. acaso alguna vez... ¡Pero si sólo de di-

nero se hubiese tratado, aún estaría aquí tu madre!.. ¡Bien poca importancia tiene el dinero comparado con otros bienes!

Juan (Ansiosamente.) Bueno, pero ¿qué vamos á hacer para saber su paradero?

Car. He cedido á los ruegos de tu abuela y de tu tía Margarita. Las pobres pierden un poco la cabeza... y se comprende. Así es que, para evitar ruidos y escándalos, me he dirigido á una de esas agencias de policía privada que hace poco se han establecido y esta misma noche espero á uno de sus mejores agentes... ó *detectives* como es moda llamarlos. Creo que, si es listo, en tres ó cuatro días estará sobre la *pista* y sabremos á qué atenernos.

Juan ¿Por qué no haberse dirigido al Gobernador, al jefe de policía?

Car. Ni hubiésemos ganado tiempo, ni estado mejor servidos; y, en cambio, en seguida, conocidos como somos, seríamos pasto de la curiosidad pública; la casa invadida por los reporteros ávidos de intervieus; por los fotógrafos, ansiosos de reproducirnos á tí, á mí, á ella, á su anciana madre, en todos los periódicos de la provincia y de la corte, con títulos en letras gordas: «Asunto misterioso», «La fuga de la señora de Caramon», «¿Crimen ó suicidio?», y otras mil lindezas por el estilo.

Juan ¡Eso es cierto!

Car. Más vale buscarla en secreto. Bastante tenemos con nuestra pena para aumentarla con el escándalo. Y, te lo repito, si volviese... ¡Capaz soy de perdonarla!... (Pausa.) Verdaderamente, yo no merecía lo que me sucede.

Juan (Conmovido. Llorando.) ¡Pobre padre!... ¡Quién hubiese creído que nos abandonaría así!...

Car. (Afectuoso.) Vamos, hijo mío, no llores...

Juan ¡El golpe es duro! ¡Estoy como atontado!

Car. Se comprende. Pero ya te lo he dicho: hay que empezar á ser hombre. Muy doloroso es este primer paso tuyo en la vida... pero creo que era mi deber ponerte frente á la realidad, decirte la verdad por dura que fuese.

Juan Sí... (Pausa.) Hasta luego, padre.

Car. ¿Dónde vas?

Juan Á casa de tía Margarita.

Car. ¿Cenarás con ellas?

Juan Sí. ¿Usted va á Zaragoza esta noche?

Car. Sí. Mi socio Arrué, me ha llamado con urgencia. No puedo abandonar los negocios. Estaré de regreso dentro de dos ó tres días.

Juan Hasta la vuelta, pues.

Car. (Acompañándole hasta la puerta.) ¡Hasta la vuelta, Juan; y sobre todo, ánimo!

(Vase Juan. Caramon toca el timbre de junto á la chimenea y vuelve á sentarse á la mesa escritorio.)

ESCENA III

CARAMON y CARLOS

Car. (Al criado, que entra por la puerta derecha.) Carlos, marcho á Zaragoza por el tren de las nueve. Prepárame el equipaje y bájalo.

Carlos Está bien. Ahí está uno que desea ver al señor para un asunto personal. Dice que el señor le ha dado cita.

Car. Que pase en seguida.

Carlos ¿El señor cena en casa?

Car. No. Tomaré un bocado en la estación.

Carlos Bien, señor. (Vase.)

ESCENA IV

CARAMON y TOM SWET

Tom (Entra por la derecha. Traje correcto oscuro. Muy afeitado. Tipo inglés.) ¿El señor Caramon?

Car. Soy yo.

Tom Yo soy el *detective* que ha mandado usted venir, Tom Swet, para servir á usted.

Car. ¿Es usted inglés?

Tom No, señor; catalán. Mi verdadero nombre es Magin Cornell, pero para un *detective* suena mejor el inglés y se inspira más confianza. Por lo demás, he aprendido mi oficio en Inglaterra y hablo el inglés mejor que el castellano. (Con ligero acento catalán.)

Car. Me han alabado mucho la «Agencia de las

Familias». ¿Es usted uno de sus mejores agentes?

Tom Soy su propio director. (Tendiéndole una tarjeta.)

Car. (Leyendo.) «Misiones secretas. Vigilancia personal. Pistas. Fugas. Desfalcos. Distracciones de fondos y de esposos. Especialidad de adulterios.» Muy bien. Por mi carta habrá usted adivinado de qué se trata.

Tom Solo sé que necesita usted una persona de toda confianza y discreción... y me parece... (Designando la tarjeta.)

Car. Convenido. Se trata de una fuga. Una gran desgracia me aflige. Mi mujer ha desaparecido y yo deseo saber su paradero ó lo que le ha ocurrido.

Tom ¡Ah!... ¿Y se fué sola?

Car. Eso es lo primero que hay que averiguar.

Tom ¿No tiene usted ningún indicio?

Car. Sí. Tengo sospechas, pero con tan poco fundamento...

Tom. No importa. Para mí, el más mínimo detalle puede ser precioso. ¿Cuáles son esas sospechas? ¿Esos indicios?...

Car. Verá usted. Desde hace algún tiempo no vivíamos en muy buena inteligencia. Desde que nos casamos, la tenía acostumbrada á no privarse de nada, á satisfacer todos sus caprichos por costosos que fueran. Desgraciadamente, el año pasado mis negocios se torcieron, tuve grandes pérdidas y me vi obligado á reducir muchísimo los gastos. Vendimos el automóvil, acortamos el veraneo, en una palabra, economías en todo. A ella le afectó mucho esta privación del lujo, sobre todo por el qué dirán. Cuando una mujer se siente herida en la vanidad...

Tom ¡Desde luego!... Hay que temerlo todo.

Car. Y yo me estaba temiendo á cada instante lo que al fin ha ocurrido.—Mi mujer, que por encima de todas las cosas amaba el dinero ahora me doy cuenta de ello—ha ido á buscar en otro hombre, el boato que yo no podía darle.

Tom Según se dice, ¿ella le trajo á usted una bonita dote?... ¿Era viuda, verdad?

Car. Sí. Y su primer marido la dejó una buena

herencia. Pero era muy despilfarrada y coqueta además. Es fantástico lo que gastaba en trajes y sombreros. Su dote fué rápidamente devorada por las modistas... y como luego mis negocios comenzaron á fracasar... á esta ruina creo atribuir su desaparición.

Tom ¿De modo que mis pesquisas deben solo orientarse hacia una fuga?... No hay el menor indicio de accidente?... ¿Ninguna sospecha de suicidio?

Car. ¡Nada de eso!... ¡No'... Mire usted... *para mí*, la cosa no ofrece duda... Se ha ido con alguno... Es la única hipótesis lógica.

Tom ¿Dice usted para mí? ¿Luego hay otras personas que no creen en la fuga?

Car. Sí; mi suegra y mi cuñada. Para ellas, tal cosa es inadmisible... como para mi hijo político...

Tom ¿Tiene usted un yerno?

Car. No; un hijastro. El pobre es quien más sufre en este trance. Y por él precisamente he recurrido á los servicios de usted. Si solamente se tratase de mí, no le hubiera llamado; la vida para mí, es ya no más que un desierto... Cuando usted pueda probar á los que me rodean, que mi mujer me ha abandonado, pero que no ha sido víctima de ningún accidente, podré yo aspirar, al fin, á un poco de tranquilidad, de calma, de soledad... es lo único que por el momento deseo.

Tom ¿Cuándo se enteró usted de la fuga de su señora?

Car. El miércoles, por la mañana.

Tom ¿Qué edad tiene?

Car. Treinta y cinco años.

Tom ¿Cómo es?

Car. Bastante guapa: estatura regular, ojos azules, muy rubia. (Yendo á la chimenea.) Aquí tiene usted su retrato.

Tom (Cogiendo la fotografía.) ¿Puedo llevármelo?

Car. No hay inconveniente.

Tom Gracias. ¿Qué traje llevaba cuando se fué?

Car. No puedo decirlo á punto fijo... ¡tiene tantos!... Pero suponemos que llevaba una blusa violeta.

Tom (Toma notas.) Violeta... ¿Y la falda?

Car. Eso sí que no lo sé.

Tom ¿No tiene usted la menor idea de donde pudo dirigirse?

Car. No.

Tom ¿Cuándo la vió usted la última vez?

Car. A la hora de comer.

Tom ¿Comió con usted?

Car. Sí. Después salí yo. Volví á eso de media noche y estuve trabajando, aquí mismo, en esta mesa, hasta las dos de la madrugada que subí á acostarme. Teníamos alcobas separadas. Cuando á las nueve de la mañana siguiente, le subió la doncella el chocolate, se encontró con que no estaba en su cuarto ni se había acostado: la cama estaba intacta.

Tom ¿Los criados duermen todos en el último piso?

Car. Todos.

Tom ¿Y ustedes, la familia, en el de encima de este en que estamos?

Car. Eso es. Aquí, en este, solo están las oficinas de mi casa de banca. Mi despacho que da á la galería por donde usted ha pasado; al otro lado la caja y la contabilidad.

Tom ¿Y esta otra? (Por la caja.)

Car. Es la mía personal.

Tom Bien. ¿No se ha hecho ninguna pesquisa desde la fuga? ¿No ha dado usted parte?

Car. Absolutamente nada. Como mi convicción es que mi mujer me ha abandonado, he esperado algunos días á ver si el arrepentimiento la hacía volver; luego, accediendo á las instancias de mi familia, me he dirigido á su agencia de usted, para estar seguro de mayor discreción que si daba parte al gobernador ó al juzgado y evitar todo escándalo.

Tom Y ha hecho usted muy bien. En estas historias de familia vale más que la policía oficial no meta la nariz. Con nosotros no hay cuidado. Ya sabe usted nuestra divisa: «Celeridad y discreción».

Car. ¿Y cuánto me va usted á llevar por este servicio?

Tom No hablemos ahora de precio. Cuando yo venga á decirle: «Su señora de usted se fué

con Don Fulano de Tal y ahora viven en tal parte», según los pasos y gastos que me haya ocasionado esta misión, podremos fijar mis honorarios. Si los fijásemos por adelantado, uno de los dos podría resultar explotado.

Car. Es usted de una corrección...

Tom No es la primera vez que me hacen la justicia de reconocerlo mis clientes. Para mí el dinero es cosa secundaria. Ante todo la vocación, el amor al oficio. En cuanto me encargo de un asunto me entrego á él en cuerpo y alma. Y cuanto más misterioso, más me apasiona.

Car. ¿Cuándo cree usted poderme dar algunas noticias?

Tom No puedo calcularlo. Dependerá del rumbo que haya tomado la fugitiva... Pero, en fin, espero que de aquí á una semana sabremos ya á qué atenernos.

Car. Muy bien. De un modo ó de otro le espero á usted aquí dentro de ocho días.

Tom Convenido. (Va á marcharse.) Ah, se me olvidaba una cosa. ¿Tiene usted la bondad de firmarme un papelito declarando que yo soy el único que se ocupa de este asunto?

Car. ¿Y para qué?

Tom Para estar seguro de que ninguno de mis colegas se mete en lo que no le importa.

Car. No tengo inconveniente. (Yendo á escribir á su mesa.)

(Mientras que Caramon escribe, Tom Swet va silenciosamente á la puerta, deja el sombrero en una silla y cierra la puerta con llave. Al ruido de la cerradura Caramon levanta la cabeza.)

Car. ¿Qué hace usted?

Tom (Volviendo lentamente hacia la mesa.) Ya lo ve usted... echar la llave...

Car. (Alarmado.) ¿Para qué?

Tom Muy sencillo... para que no nos molesten. (De un manotazo derriba el teléfono, y sacando con la otra mano de uno de sus bolsillos una matraca ó rompecabezas de cautchuc, trata de golpear con él á Caramon. Este esquiva el golpe levantándose, y, refugiándose sobre la caja saca un revólver del bolsillo y apunta á Tom Swet.)

Car. Si da usted un paso más...

Tom (Deslizándose insensiblemente hacia él y, de pronto, señalando á la ventana, como si viera venir por ella un peligro y fingiendo espanto.) ¡Ah, alto ahí! (Caramon, instintivamente, vuelve la cabeza hacia la ventana. Tom Swet le coge la acción. De un golpe de matraca en la muñeca le hace dejar caer el revólver, sobre el cual pone un pie, y echándole una mano al cuello y blandiendo con la otra la matraca le domina diciendo:) ¡Si chista usted lo aplasto!

Car. ¿Pero qué pretende usted? ¿No es usted el *detective* Tom Swet?

Tom (Recogiendo el revólver y echando rápidamente la llave á esta otra puerta.) ¡Ni por pienso! (Deja el acento catalán por un ligero acento andaluz.)

Car. Entonces... (Aterrado.)

Tom Tiene usted el honor de hablar con el famoso espadista *El Condesito,* jefe de la banda internacional *Los apaches europeos...* para servir á usted.

Car. ¿Y á que ha venido usted aquí?

Tom ¡Parece usted tonto! En primer lugar para ser bien recibido por un capitalista...

Car. ¿Y á pedirme dinero?

Tom ¡Probable!

Car. ¡Canalla!

Tom (Amenazándole) Más bajito, ¿eh? No es cosa de què le oigan. ¿No se ha enterado usted de que con esta (Por la matraca.) le puedo aplastar los sesos sin ruido... Conque, entendámonos... (Señalando á la caja.) ¡Venga de ahí!

Car. ¿Cuánto?

Tom Unos cuantos *veraguas* que aun deben quedarle... Y no tiene usted que molestarse. Deme las llaves y yo tomaré lo que necesite.

Car. ¡No!

Tom Pero, hombre, qué terco y qué tonto es usted... ¡Ea, basta de bromas y de perder el tiempo! (Brutalmente amenazador.) ¡Venga la mosca!

Car. Ahí no hay nada.

Tom ¿Qué no tiene usted dinero?

Car. Ahí no. Aquí (Por la mesa.) un poco.

Tom ¿Cuánto?

Car. Seis mil pesetas.

Tom Menos da una piedra. (Tendiendo una mano para recoger los billetes y levantando la otra con la matraca sobre la cabeza de Caramon. Este le da un legajo de billetes. Metiéndoselos en el bolsillo.) Y ahora, hablemos como buenos amigos. No me va usted á tomar el pelo haciéndome creer que á fines de mes, por mal que anden los negocios, no hay en una casa de banca como esta más que seis mil pesetejas. Apuesto á que en la otra caja...

Car. Le aseguro á usted... pero si quiere le firmaré un cheque.

Tom Para hacerme caer en la ratonera al cobrarlo ¿eh? Ni por soñación. ¡Venga pasta! Se figura usted que no me he enterado bien antes de dar este golpe. ¡Ni que fuese un primo!... Sé perfectamente que ha estado usted dos veces á punto de quebrar... pero desde hace poco esto marcha algo mejor... ha hecho usted cobros importantes estos días, y ahora mismo va usted á ir á Zaragoza á cerrar un trato importante.

Car. ¿Y cómo sabe usted...?

Tom Los *Apaches europeos* tenemos también nuestra buena policía. No damos ningún golpe á ciegas. Y la misma resistencia, la misma energía con que defiende usted su dinero me prueba que lo tiene en casa.. Y, vaya, ya me voy yo hartando de contemplaciones. Estamos solos y encerrados. Todos los empleados se fueron hace rato. La familia también. Los criados están arriba en el tercer piso... Está usted en mi poder... (Por la caja.) ¡Venga de ahí!

Car. ¡No!

Tom (Agarrándole otra vez por el pescuezo, echándole de espaldas contra la caja y levantando la matraca.) ¡Pues peor para usted!

Car. (Ansioso.) ¡Espere!... ¡Oiga!... ¡Suélteme!... ¡Me ahoga!... (Una corta pausa. Se adivina que Tom Swet ha aflojado un poco, pero sin soltarle.) Puesto que quiere usted dinero... le puedo dar mucho más de lo que espera, si me quiere ayudar...

Tom ¿Ayudarle?... ¿A qué?

Car. Suélteme y se lo explicaré.

Tom (Soltándole, pero sin dejar de dominarle.) Cuidadito con dármela con queso.

Car. Hablo muy en serio.

Tom Explíquese usted... Puede que nos arreglemos...

Car. La cosa es tan grave... que no me atrevo...

Tom ¡Vaya, menos remilgos!...

Car. ¿Usted se atreve á todo?

Tom ¡Cuestión de precio! Pero sepamos de qué se trata y lo que se va ganando. Si conviene, la palabra del *Condesito* vale más que muchas firmas. Diga usted ya, hombre de Dios.

Car. Pagaré sin regatear.

Tom Eso es ponerse en razón.

Car. ¿Se compromete usted á hacer desaparecer una persona?

Tom Ya veo que no se anda usted en chiquitas.

Car. ¡No es tan difícil! La persona de que se trata... está ya muerta.

Tom ¡Aprieta! (Algo espantado.) ¿Y ha sido usted...?

Car. No se ocupe usted de eso. Ya le he dicho que pagaré lo que sea.

Tom ¿Pero cómo voy yo...?

Car. Todo está preparado... ¿Acepta usted ó no?

Tom (Después de vacilar un momento.) Acepto... pero, ¿acaso es?...

Car. ¡Usted lo ha adivinado!... ¡Mi mujer!...

Tom ¿Entonces?...

Car. (Como alucinado.) ¡Sí; el crimen me pesa aquí (El pecho.) como una losa!... Aquí mismo fué. Me vencía una letra fuertísima; necesitaba lo restante de su dote. Me lo negó; insistí, la rogué, la supliqué de rodillas; pero dura, inflexible, me insultó, me echó en cara su fortuna, me acusó de su ruina, la repliqué... y hasta llegó á levantarme la mano... Entonces me cegué, y viéndome perdido, insultado, deshonrado, pegué, herí... como un insensato, como un loco... Cuando me dí cuenta... tenía en la mano este cuchillo (Designando sobre la mesa nn cuchillo de cortar papel, de acero.) ensangrentado... y ella estaba tendida, ahí... ¡muerta!... Limpié la sangre y á ella... á su cadáver... lo encerré ahí. (Señalando la caja. Queda un momento anonadado por su confesión. Tom Stew le considera con cierta ironía, haciendo un gesto

como el que dice: «¡Vaya un hombre!»—Tocan con los nudillos á la puerta derecha.)

Tom (Vivamente amenazador.) ¡Cuidadito!

Car. (Dominado.) ¿Qué hay?

Carlos (Desde dentro.) El baul está hecho, ¿hay que bajarlo?

Car. (A Tom Swet.) Deme usted la llave .

Tom ¡Que si quieres! Para escaparse y que á mí me pesquen. (Más amenazador y muy bajito.) Ya le llamará usted luego.

Car. (A Carlos.) Ya llamaré luego.

Carlos Bien, señor.

Tom Con tipos como usted hay que andarse con pies de plomo. Todo eso que acaba de decirme pueden ser cuentos tártaros para salvar la guita y hacerme á mí prender.

Car. ¿Quiere usted la prueba?

Tom ¡Por supuesto!... ¡Y paga adelantada!... Abra usted ahí. (Por la caja.)

(Caramon, rápidamente, entreabre la caja. Esta abrirá del lado contrario al público, de suerte que este no vea, sino que adivine, el cadáver. Caramón, al abrir, se tapa con la misma puerta, aterrado para no verlo.)

Car. ¡Mire usted!

Tom (Aterrado.) ¡Qué horror! (Empuja la puerta, cerrando la caja.—Pausa)

Car. ¿Está usted dispuesto á ayudarme?

Tom ¿Qué hay qué hacer?

Car. Yo había decidido hacerlo desaparecer, con pretexto de mi viaje, metiéndolo en un baul y abandonándolo en el camino. Pero usted se encargará de ello, y como nadie sabrá que estuvo aquí, la policía perderá toda pista, si al fin se mezcla en lo de la fuga.

Tom La cosa no es tan fácil como parece.

Car. Sí. Vamos á hacer bajar aquí el baul. Lo vaciamos. Metemos dentro el cadáver, alejamos al criado... y usted, cuando salgamos, se lo lleva.

Tom No está mal pensado. Pero si me cogen me juego la cabeza... ¿Cuánto dan?

Car. Cuatro mil duros.

Tom (Reflexionando.) Seis mil.

Car. Conforme. Voy á llamar al criado.

Tom ¡Eh, antes págueme!

Car. (Abriendo un cajón de la mesa.) ¡Ahí van tres mil!

Tom ¿Cómo tres mil?

Car. Otros dos mil en la calle... y seis mil pesetas de antes...

Tom No se perderá usted, compadre.

Car. Venga la llave.

Tom Espere usted. ¿Para qué demonios había usted llamado á un *detective*?... eso era peligroso.

Car. Para desvanecer las sospechas de la familia y evitar que hubiesen acabado por dar parte y que la verdadera policía... (Mientras habla pone en orden los muebles revueltos en la lucha anterior.)

(Tom Swet abre la puerta y se queda junto á ella. Caramon toca el timbre. Carlos entra.)

Carlos Señor.

Car. Tráete aquí el baul; tengo que meter unos legajos de papeles. (Escribe rápidamente.) Y vé en seguida á poner este telegrama.

Carlos Bien, señor. (Va á marcharse.)

Tom (Deteniéndole.) Quieto ahí. (Se precipita sobre Caramon.)

Car. ¿Qué hace usted?

Tom Lo que debo. (Perdiendo todo acento.) No soy tal *Condesito* ni tal *detective*. (Poniéndole rápidamente á Caramon las esposas y derribándole sobre una butaca.) Yo soy el inspector de policía Mariscal. ¡Dese usted preso! Con razón sospechaba su cuñada de usted que su pobre hermana no se había fugado. Ella dió parte y yo he logrado hacerle á usted cantar.

Car. ¡Mentira!... ¡Socórreme, Carlos! No es un policía; es un ladrón.

Juan (Entrando.) ¿Qué pasa? ¿Qué gritos son estos?

Tom Lo que pasa es que la señora de Caramon no se ha fugado. ¡La han matado! ¡Y este es el asesino!

Juan (Aterrado.) ¡Oh!

(La puerta de la caja ha vuelto á entreabrirse lentamente y deja ver el cadáver á Juan, que se tapa la cara horrorizado.)

Car. (Revolviéndose mientras Tom Swet le sujeta.) ¡Dejadme! ¡¡Dejadme!!

Tom (A Carlos firamente.) Que suban los agentes que he dejado abajo.

TELON

OBRAS DE RICARDO BLASCO

¡Agua va! monólogo en prosa.
El último tranvía, (1) pasillo cómico-lírico en verso.
Chocolate y mojicón, (1) sainete en verso.
Pecata minuta, (1) juguete cómico en prosa.
El ratoncito Pérez, juguete cómico en prosa.
Diabolín, (2) comedia de gran espectáculo en verso y prosa.
Aliquid chupatur, juguete cómico en prosa.
¡Te veo, besugo! (1) sainete en verso.
Los sinapismos, juguete cómico en prosa.
Servicio forzoso, juguete cómico en prosa.
¡¡Ladrones!! juguete cómico en prosa.
Isidoro Pérez, juguete cómico en prosa.
La Sonámbula, juguete cómico en prosa.
In artículo mortis, juguete cómico en prosa.
Mamá suegra, comedia en tres actos en prosa.
Morada histórica, comedia en tres actos en prosa.
El amigo, (3) drama en un acto en prosa.
En el teléfono, episodio dramático en dos actos, en prosa.
Máscaras, (4) drama en un acto en prosa.
La castellana, comedia en cuatro actos en prosa.
Morada histórica, comedia en dos actos en prosa.
Entre dos fuegos, (5) comedia en dos actos y en prosa.
El drama de los venenos, drama en cinco actos en prosa.
Luna de miel, (5) comedia en dos actos en prosa.
El revisor, (5) opereta en tres actos en prosa.
El aventurero, comedia en cuatro actos en prosa.
La indagatoria, drama en dos actos en prosa.
La fuga, (6) drama en un acto, en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Angel del Palacio.
(2) Idem con D. Enrique Segovia Rocaberti.
(3) Idem con D. Manuel Bueno.
(4) Idem con D. Luis París.
(5) Idem con D. Emilio Mario.
(6) Idem con D. C. de Batlle.

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.